

transire ad vitam, quam olim Abrahæ promisisti, et semini ejus.
 Aplica por las ánimas del purgatorio todas las oraciones y buenas obras que hoy hicieres; y si no pudieres rezar el oficio de difuntos, haz por ellas alguna otra cosa. El oficio parvo de nuestra Señora, los salmos penitenciales, el rosario, un ayuno, una limosna extraordinaria, todo esto te puede servir á tí de mucho mérito, y á las benditas ánimas de gran sufragio.

DIA XVI.

MARTIROLOGIO.

EL MARTIRIO DE SAN CIRIACO, diácono, en Roma, el cual despues de sufrir largo tiempo el rigor de la prision, bañado con pez derretida y estendido en el potro, le descoyuntaron sus miembros y le golpearon con palos; y por último en compañía de LARGO y ESMARAGDO, y de otros veinte, fué degollado por orden de Maximiano: la festividad de estos santos se celebra el día 8 de agosto, en cuyo día por disposición de S. Marcelo papa fueron recogidos sus cuerpos y sepultados con gran veneración.

EL TRÁNSITO DE SAN HILARIO, obispo, y DE TACIANO, diácono, en Aquileya, los cuales en tiempo del emperador Numeriano, y del presidente Beronio, despues de haber sufrido el potro y otros tormentos, fueron martirizados juntamente con FELIX, LARGO y DIONISIO.

SAN PAPAS, mártir, en Licaonia, el cual por confesar la fe de Cristo fué azotado y descarnado con uñas de hierro, y calzándole zapatos sembrados de puntas de hierro, con ellos le hacian caminar, y últimamente atado á un árbol dió el alma al Señor; y siendo el árbol estéril, dió fruto de allí adelante.

SAN JULIAN, mártir, en Anazarbo en Cilicia, el cual habiendo sido cruelmente atormentado en tiempo del presidente Marciano, lo metieron en un costal lleno de serpientes y lo echaron en el mar. (*Véase su vida en las de este día.*)

SAN AGAPITO, obispo y confesor, en Ravena.

SAN HERIBERTO, obispo, en Colonia, ilustre en santidad. (*Véanse las vidas de este día.*)

EL TRÁNSITO DE SAN PATRICIO, obispo, en Auvergne de Francia.

SAN ABRAHAM, ermitaño, en Siria, cuyos memorables hechos escribió S. Efren, diácono. (*Véase su vida en las de este día.*)

SAN JULIAN, MÁRTIR.

SAN Julian, uno de los ilustres mártires de Jesucristo, nació en Anazarbo, ciudad de la segunda provincia de Cilicia, hijo de un senador gentil, y de una madre cristiana. Educado



S. JULIAN, M.

por ésta en la religion católica, hacia en ella maravillosos progresos en tiempo que los emperadores gentiles suscitaron una de sus crueles persecuciones contra la Iglesia. Ofendidos los paganos de su profesion, y mucho mas de que Julian hiciese ostentacion públicamente de su fe, fué conducido á Egea, ciudad de la misma provincia, y presentado al gobernador idólatra, uno de los mas bárbaros perseguidores del cristianismo, que bajo la autoridad de juez ejercitaba contra los fieles las inhumanidades que solo podian cometer las fieras. Entró el Santo en el combate con firme resolucion de testificar su fe á costa de la sangre; y habiendo resistido con valor estraordinario las primeras tentativas, cometieron los infieles la temeridad de abrirle por fuerza la boca, é introducirle en ella del pan y vino de los ofrecidos en los sacrificios de los ídolos.

Propúsose el gobernador probar la constancia de Julian con diferentes géneros de suplicios; pero no pudiendo vencerle con la violencia de los muchos tormentos que le hizo padecer, creyó poder conseguirlo haciendo que estos males fuesen continuos, y de mucha duracion. Con esta intencion perversa le hacia venir con mucha frecuencia á su tribunal, y afligiéndole con varias torturas, le volvia á remitir á la prision. Otras veces suspendia la cuestion, y se valia de las lisonjas y dulzuras. No satisfecho con semejantes tentativas, en las que continuó por el discurso de un año entero, ordenó conducirlo de pueblo en pueblo, y de ciudad en ciudad de toda la provincia, á fin de esponerle á la irrision y burla del populacho gentil; pero Julian, siempre invencible, dió en todas partes de la carrera un admirable ejemplo de su constancia: y por su medio esparció Dios en ella el buen olor del conocimiento de su santo nombre. No solamente fué un ilustre confesor de Jesucristo; sino es tambien le hizo un apóstol y predicador en todos los lugares de su tránsito, convirtiendo así en gloria del Redentor, lo que sus enemigos discurreron para hacerle infame á los ojos de los hombres. El solo espectáculo de su cuerpo, cubierto de heridas, era un testimonio innegable de que en él obraba la virtud divina, moviendo con un modo mas vivo, y mas elocuente, que el órgano de la voz, á las criaturas al conocimiento de su Criador.

Despues de esta dolorosa espedicion le volvieron á Egea, lugar de la residencia del juez, á quien irritó tanto la desesperacion del ningun fruto que produjo su invectiva, que mandó á los verdugos destrozasen el cuerpo del santo mártir con garfios de hierro hasta despojar sus huesos, y que apareciesen sus entrañas. Ejecutóse así; pero sostenido Julian con la gracia de

aquel Señor por quien padecía, no se le oyó la mas mínima queja, ni suspiro, abriendo solo la boca para alabar á Dios, y confesar en alta voz su santo nombre. En fin, no pudiendo el juez resistir por mas tiempo la confusion y vergüenza de verse vencido, resolvió acabar la lucha con la muerte del Santo; pero con un modo bárbaro é inhumano, que fué introducirle en un saco de arena con víboras y escorpiones, y arrojarle al mar despues de cosido.

Bien presto manifestó el Señor la gloria de su siervo, pues trasportado su cuerpo á la ciudad de Antioquía por disposicion divina, hizo por su intercesion muchos milagros, que se repetian todavia en tiempo de S. Juan Crisóstomo, quien se hizo historiador y panegirista de sus triunfos en una elegantísima homilia. El mismo Santo asegura, que no pudiendo sostener los demonios que atormentaban á los poseidos la presencia de sus reliquias cuando los llevaban á su túmulo, huan precipitadamente de los cuerpos que tiranizaban; y aun compara el lugar de sus reliquias con la nobleza de las existentes en Jerusalem.

SAN HERIBERTO, OBISPO Y CONFESOR.

FUÉ natural este Santo de Wormes en Alemania y de ilustre cuna; pero brilló mas en el mundo por sus virtudes y su ciencia que por la nobleza de su linaje. Habiéndose dedicado desde sus tiernos años al estudio de las sagradas Escrituras y en el de las graves controversias de su tiempo, adquirió gran celebridad como doctor de la Iglesia en Alemania, siendo consultado siempre como un oráculo. Mereció la confianza de los sumos pontífices de su época, y no pocas veces fué nombrado árbitro de paz entre el emperador y la santa Sede. Elevado á la silla arzobispal de Colonia fué modelo de todas las virtudes y pastor incansable en el arreglo de su rebaño, y de las costumbres públicas del imperio, tan relajadas en aquel siglo. Despues de una laboriosa vida consagrada al bien de la religion y de la humanidad murió Heriberto en Colonia en tal dia como hoy.

SAN ABRAHAN, SOLITARIO, Y SU SOBRINA SANTA MARÍA, PENITENTE.

SAN Abrahan, no menos ilustre por su grande inocencia que por su eminente virtud, nació al mundo hácia el fin del cuarto siglo. La estrecha amistad que profesó con S. Efren, que nos dejó escrita su vida, persuade verisimilmente que los dos santos



S. ABRAHAN SOLITARIO.

vivieron en un mismo país; esto es, en las cercanías de Edesa, capital de Osrhoéne en la Mesopotamia.

Tuvo por padres á dos personas muy ricas, que le amaban ternísimamente, pero que solo pensaban en adelantarle en el mundo. No obstante, la tierna piedad de nuestro Santo, y los religiosísimos sentimientos de devoción que se le notaron desde su primera juventud, dan á entender que fué muy cristiana su educación. Ignoraba aun el nombre del vicio, y toda su inclinación era al retiro, á la oración y á los ejercicios devotos. Aunque se alegraban mucho sus padres de verle tan buen cristiano, temian por lo mismo que se disgustase del mundo, y con este recelo se dieron prisa á casarle; viéndose precisado el santo mozo, no obstante su repugnancia al matrimonio, á desposarse con una doncellita algunos años antes que tuviese edad para contraerle.

Llegado el tiempo competente para poderle celebrar, por mas instancias que hizo á sus padres para que le librasen de aquellos lazos, fué preciso ceder á su autoridad. Casóse en fin, y se celebraron las bodas con el mayor aparato; pero aquella misma noche, luego que todos se retiraron, impelido de un ardentísimo deseo de que solo Dios fuese el único dueño de su corazón, y fortalecido con especial gracia del cielo, dejó á su esposa sin hablarla palabra, y saliéndose secretamente de casa, no pensando mas que en esconderse de la vista de sus padres, se fué á encerrar en una gruta, que distaba tres cuartos de legua del lugar, con resolución de pasar allí, si le fuese posible, los dias de su vida quieto, sosegado y desconocido.

Esta repentina y nunca esperada fuga sorprendió y afligió sobre manera á sus padres y parientes. Despacháronse al punto propios á todas partes para adquirir alguna noticia de él; finalmente, al cabo de diez y siete dias le vinieron á encontrar en su cueva con no poca admiración de unos y de otros. El padre, la madre, la esposa y todos los parientes, deshaciéndose en lágrimas, pusieron en práctica todos los medios que les sugirió la ternura para retirarle de aquella soledad; razones, ruegos, caricias, amenazas, llantos, de todo se valieron para hacerle mudar de resolución; pero el siervo de Dios, inmóvil siempre á tan violentos asaltos, los habló con tanta eficacia, con tanta energía de la vanidad del mundo, de la desdichada suerte de los mundanos, y de la felicidad de la vida solitaria, que al cabo persuadió á su esposa á que consintiese en una perpetua separación, y desarmó la ternura de sus padres, que vencidos de sus razones, y movidos de tan grande ejemplo, se rindieron á sus deseos. La única gracia que les pidió fué que no volviessen á interrumpirle mas con sus

visitas; y ellos se lo prometieron temerosos de que no se fuese á sepultar en algun otro desierto mas retirado. Apenas se apartaron de él, cuando se encerró en su celdilla, tapió la puerta, y solamente dejó una ventanilla por donde le alargaban la comida en ciertos dias determinados.

Un principio tan heróico prometia una santidad eminente, á la que llegó en muy poco tiempo. No tenia mas que veinte años cuando se retiró á la soledad, en la que perseveró hasta la muerte; esto es, hasta que cumplió los setenta. Fué asombrosa su penitencia; desde el primer dia se prohibió el uso del pan, y duró su ayuno mientras le duró la vida. No interrumpia la oracion por el trabajo, ni aun por el sueño, pues pasaba casi toda la noche orando ó cantando salmos.

Enterrado en su celdilla como en una sepultura, pasó cincuenta años en una estremada pobreza. Todo cuanto poseia en la tierra se reducía á una túnica de pelo de cabra, á un manto, una escudilla de madera, que le servia para beber y para comer, y á una esterilla de juncos para acostarse.

A los doce años de este género de vida murieron sus padres, y le dejaron heredero de una rica sucesion; pero él encargó á un amigo suyo que vendiese todos sus bienes y los repartiese entre los pobres.

Libre ya de este postrero lazo por este nuevo sacrificio, no se ocupaba mas que en solo su Dios; y acorde siempre su memoria y su entendimiento con su corazon, perdió aun la idea de este mundo transitorio. Cada dia le miraba como si fuera el de su muerte; y pasó todos los de su dilatada vida sin aliojar un punto en los rigores de la penitencia.

En medio de una vida tan penitente y tan austera, conservaba siempre un semblante apacible, un aire risueño, y un agrado tal que á todos enamoraba. En la conservacion de su vestido intervenia al parecer una especie de milagro, y parecia tambien que la gracia suplía la falta de alimento.

No podia estar mucho tiempo escondida una luz tan resplandeciente. Divulgada por todas partes la fama de su virtud, quiso el Señor valerse de ella para su gloria.

A distancia de algunas leguas de la gruta de nuestro Santo habia una poblacion bastantemente numerosa, cuyos habitantes eran todos paganos; pero tan encaprichados en sus supersticiones, que todas cuantas diligencias habian hecho muchas personas celosas para sacarlos de su error, solo habian servido para obstinarlos mas y mas. Reflexionando un dia el obispo de Edesa sobre el eminente grado de santidad á que habia llegado el soli-

tario Abrahan, le pareció que si este santo hombre tomaba de su cuenta la conversion de aquel pueblo, el Señor echaria la bendicion á su celo. Todos aplaudieron el pensamiento del obispo, y él se determinó ó ordenarle de sacerdote antes de encomendarle aquella mision. Fuéle á buscar á su celdilla acompañado de los principales del clero, y le mandó que se dispusiese para recibir el orden de presbítero.

Quedó atónito el siervo de Dios al oír semejante proposicion. No podia creer que quisiese el Señor elevar á una dignidad tan sublime al mas vil y al mas indigno de todos los mortales, segun él se reputaba; pero fueron inútiles todos cuantos esfuerzos hizo su humildad para resistirse, porque al fin le fué preciso obedecer. Recibió primero los demás órdenes sagrados, y ordenado despues de sacerdote, luego que se le encomendó la mision partió para aquel pueblo á trabajar en la viña del Señor.

Fué recibido con tanta incivilidad, y con tanto desprecio, que esto solo bastaria para acobardar, y aun para hacer retirar á cualquiera otro que tuviese menos celo, y menos deseo de padecer por Jesucristo. Acudió nuestro Santo á la oracion, y aumentó las penitencias. Teniendo noticia de que aun habia quedado alguna porcion de dinero de su patrimonio, que su amigo no habia distribuido, le escribió que se le enviase, y compró con él un sitio, donde edificó una iglesia ricamente adornada. Venian muchos gentiles á verla, atraidos de la curiosidad; pero la aversion que tenian á los cristianos los impelia á hacer cada dia nuevos insultos á su santo misionero. Acabada la iglesia, pasaba en ella los dias y las noches en continua oracion, pidiendo al Padre de las misericordias se compadeciese de aquel pueblo ciego que habia rescatado con su preciosa sangre, y el demonio se le habia usurpado despues de tantos siglos.

Hasta entonces habia pasado muchas veces por medio de los ídolos de que estaba llena toda la villa sin hablar palabra, contentándose con gemir y con lamentar en la presencia de Dios la ceguera de aquellos pobres idólatras; pero sintiéndose entonces inflamado en un nuevo celo, movido del espíritu de Dios, y autorizado tambien con las leyes del grande Constantino para la abolicion del gentilismo, que ya se habia promulgado; sale de la iglesia, entra en el templo de los gentiles, arroja al suelo las estatuas de los ídolos, trastorna los altares, y pone debajo de los pies, pisándolos y atropellándolos, todos los trofeos de la supersticion pagana. Enfurecido el pueblo, se echa rabioso sobre él, y moliéndole á golpes y á palos, le arrojaron ignominiosamente de la villa; pero él tuvo forma de volverse inmediatamente á ella,

y metiéndose á escondidas en su iglesia, pasó toda la noche en oración por aquellos pobres ciegos. Quedaron pasmados cuando por la mañana del día siguiente le hallaron en su oración; y queriendo el Santo valerse de esta ocasión para hablarlos, ellos, en lugar de darle oídos, le apalearon tan cruelmente, que viéndole en términos de espirar, le sacaron fuera del lugar arrastrándole por los pies con una cuerda; y cargándole allí de piedras, teniéndole por muerto, le dejaron casi sin vida; pero el Señor se la conservó, porque quería servirse de él para la salvación de aquel pueblo. Luego que Abrahan volvió en sí, volvió también á entrarse de noche en la villa, y á meterse en su iglesia. No se puede ponderar la admiración de los gentiles, cuando por la mañana le encontraron cantando salmos en pie, y con la mayor serenidad: mas enfurecidos que nunca le volvieron á arrastrar, y á echarle fuera con mas crueles ultrajes.

Tres años enteros duró esta alternativa de paciencia y de malos tratamientos, hasta que al fin se valió la divina gracia de la dulzura inalterable y de la perseverancia del Santo para vencer la obstinación de los idólatras. Abrieron finalmente los ojos, y en cierta ocasión, en que estaban todos juntos, comenzaron á manifestarse unos á otros la admiración que les causaba la paciencia y la caridad del siervo de Dios. Convinieron todos en un mismo pensamiento; y resolviendo ir á buscarle para que los catequizase, se fueron de tropa á la iglesia.

Apenas los explicó el Santo los misterios de la fe, cuando deshaciéndose todos en lágrimas, le pidieron perdón de lo que le habian maltratado, y le suplicaron que les administrase el sacramento del Bautismo. Viéndolos suficientemente instruidos, los bautizó á todos, hasta el número de mil personas. Detúvose un año entero con ellos, cultivando con infinito cuidado aquella nueva viña del Señor; y pareciéndole que estaban todos bien arraigados en la fe, se persuadió que las vehementes ansias que sentía siempre por la soledad, eran inspiración de Dios que le llamaba á ella; y despues de haber encomendado al Señor aquel nuevo rebaño, haciendo tres veces la señal de la cruz sobre el lugar, se escapó secretamente de él en una noche, y se fué á esconder en un desierto, donde no fué posible hallarle por mas diligencias que se hicieron. Noticioso el obispo de lo que pasaba, fué en persona á consolar á aquel afligido pueblo; y habiendo escogido entre los nuevamente convertidos á los mas capaces, y á los que mas se distinguian, los ordenó de presbíteros, de diáconos y de lectores, y los encomendó el cuidado de aquella floreciente iglesia. Sabiéndolo S. Abrahan, salió del desierto, y se

volvió á encerrar en su antigua celdilla, donde perseveró hasta la muerte, sin dispensarse jamás en la mas mínima de sus rigurosas penitencias.

Envidioso y colérico el demonio á vista de tanta virtud, y de tantas maravillas, no hubo artificio, no hubo tentación, no hubo malicia, que no pusiese en ejecución para vencerle, ó para atemorizarle. Unas veces le pretendia espantar con horrosas fantasmas, otras procuraba engañarle con capciosas estratagemas, ó á lo menos fatigarle con la continuación y variedad de molestos artificios; pero el siervo de Dios, lleno de desconfianza de sí mismo y de confianza en el Señor, triunfó de todo el infierno, y jamás se apartó un punto de su método ordinario. Pero aunque era tan grande el amor que profesaba á la soledad, sabia dejarla por algún tiempo siempre que lo pedía la caridad y el celo de la salvación de las almas.

Tenia el Santo una sobrina llamada María, que habia quedado huérfana á los siete años de su edad. No habiendo querido encargarse de ella sus parientes, la llevaron á S. Abrahan, que habiendo hecho repartir entre los pobres los grandes bienes que sus padres la habian dejado, dispuso que la pusiesen en una celda inmediata á la suya, y allí por una ventanilla la instruía y la enseñaba los salmos y otras oraciones. Hizo tan grandes progresos, dice S. Efrén, bajo la disciplina de su tío, que fué perfecta imitadora de sus virtudes; pero el demonio, que no habia podido conseguir cosa alguna del santo tío, no halló la misma resistencia en la sobrina. Al cabo de veinte años se dejó miserablemente engañar de un mal monge que la habia visto por la ventanilla, con el motivo, ó con el pretexto de venir á visitar á nuestro Santo. Este pecado la indujo á tal desesperación, que en lugar de descubrirle á su santo director, y de borrarle con la confesión y con la penitencia, se huyó de la celda, y pasándose á una ciudad cercana, se precipitó en las mas torpes y mas escandalosas disoluciones.

Luego que el enemigo de la salvación triunfó de su presa, vió S. Abrahan en sueños que un espantoso dragon se estaba tragando á una inocente palomita cerca de su celda. Creyendo que esto significaba alguna grande persecución que amenazaba á la Iglesia, pasó todo el día siguiente en oración y en gemidos. La noche inmediata se le volvió á representar en sueños el mismo dragon, que viniendo á reventar á sus pies, arrojaba del vientre la misma palomita, pero todavía con vida. No tardó mucho en comprender el verdadero sentido de la visión; porque reparando que habia dos días que no oía cantar á María los salmos que acos-

tumbraba, y habiéndola llamado inútilmente, conoció que ella era la paloma que el dragon se habia tragado. No se pueden explicar las lágrimas que derramó, las nuevas penitencias que hizo por espacio de dos años para alcanzar de Dios la conversion de aquella pobre oveja descarriada.

Al cabo de ellos, teniendo noticia del lugar y del lastimoso estado en que se hallaba, se disfrazó en traje de caballero, montó á caballo, y se fué á apearse en casa de la cortesana. Mandó disponer una gran cena, y luego que se vió á solas con ella, se dió á conocer, y la habló con tanta dulzura, la mostró tanto amor, la aseguró con tanta eficacia de la misericordia de Dios, y la prometió con tanta caridad hacer penitencia y satisfacer á la divina Justicia por sus pecados, que cubierta de confusion, penetrada del mas vivo dolor, y movida de tan asombrosa caridad, se arrojó á sus pies, y solamente le respondió con sus sollozos y lágrimas.

Consolóla y alentóla el Santo caritativamente, habiéndola mandado dejar todo el dinero, alhajas y muebles que habia ganado con sus culpas, la hizo montar á caballo, y marchando S. Abraham á pié, la condujo á su primera celda, donde despues de haberse reconciliado con Dios por medio de una dolorosa confesion, pasó lo restante de sus dias en llantos y en gemidos, viviendo otros quince años en el continuo ejercicio de rigurosísimas penitencias; y quiso el Señor manifestar la santidad de aquella ilustre arrepentida con muchos milagros que obró así en vida como despues de su muerte.

Vivió S. Abraham diez años despues de esta gloriosa conquista, al cabo de los cuales quiso Dios premiar sus heróicos trabajos despues de haberle hecho célebre por una gran multitud de prodigios. Colmado de merecimientos entregó su bienaventurado espíritu en manos de su Criador el dia 16 de marzo del año de 376, cerca de los setenta y cinco de su edad, habiendo pasado mas de cincuenta en el desierto.

La Misa es del comun de confesor no pontífice, y la oracion la siguiente:

O Dios, que cada año nos renuevas la alegría con el motivo de la fiesta del bienaventurado Abraham tu confesor; danos gracia para que celebrando la

nueva vida de que goza en la gloria, imitemos las acciones que ejecutó en la tierra. Por nuestro Señor Jesucristo, etc.

La Epistola es del apóstol S. Pablo á los Filipenses, cap. 4.

Hermanos: la paz de Dios, justas, santas, amables, de que rebosa sobre todos los sentidos, guarde vuestros corazones, é inteligencias en Jesucristo. En adelante, hermanos, pensad solo en aquellas cosas que son verdaderas, púdicas,

justas, santas, amables, de buena fama, en la que hay virtud y elogio de la disciplina que profesais. Haced las que habeis aprendido, recibido, oído, y visto en mí: y así será con vosotros el Dios de la paz.

REFLEXIONES.

La paz de Dios es la paz que el mismo Dios nos concede: la paz de la buena conciencia, la cual solo está contenta cuando Dios lo está de ella, es la paz que gozan las almas puras en la tierra, y la herencia de los bienaventurados en el cielo. ¿Quién puede comprender las indecibles dulzuras de este don del Espíritu Santo? Es paz del corazón; y por eso solo el corazón puede hacer concepto cabal de su delicia. *Gustate et videte: gustad, y ved.*

Toda esta ciencia, digámoslo así, consiste en el gusto. La falsa paz del mundo solo se halla en la boca del impío: no llega ni puede llegar al corazón: *Pax, pax, et non erat pax.* (*Jerem. 5.*) ¿Ni cómo pudiera encontrarse esta divina paz en una alma donde todo es turbacion, todo desorden; donde reina el tumulto, donde triunfa la sedicion de las pasiones? Acumula en buen hora tesoros sobre tesoros: mas que seas el idolo de los lisonjeros, y de los cortesanos; mas que te dejes embriagar de los placeres y de tu próspera fortuna; ni por eso podrá lograr tu agitado corazón un solo momento de paz llena y pura. Siénteste si como amodorrado, como aturdido, como atolondrado por algunos breves instantes; y está la alma como embelesada entre el ruido de la confusion y de la bulla. Breves, vanos, y fugaces embelesos, á vosotros se reduce toda la paz de que se precian tanto los disolutos y los impíos. ¿Cuándo lograrán estos infelices algun intervalo de religion y de entendimiento para conocer su desgracia, y para descubrir sus descaminos?

¡Qué tranquilidad mas deliciosa, qué placer más lleno, mas esquisito, qué mas dulce calma, mi Dios, que la que gusta en tu servicio una conciencia pura, una alma santa! ¡Qué insípida, qué desabrida parece cualquiera otra dulzura á quien ha

gustado una vez esta dulzura interior! ¡Qué eficazmente pierde el gusto de cualquier otro placer! ¡Qué oportuna, qué eficaz es para conservar el corazón en la inocencia! Ella le defiende fácilmente de toda sorpresa: solamente los corazones bisonos, los poco experimentados, se dejan deslumbrar; se dejan engañar de las falsas promesas del mundo. Quien ha gustado una vez las delicias de esta paz, *quæ exuperat omnem sensum*, superior á cuanto se puede decir, ni aun pensar, poco se tiente de todas estas vanas apariencias, de todos estos fugaces tramantojos.

¡Qué hermoso y qué cabal retrato hace S. Pablo de una alma verdaderamente cristiana! Sería muy conveniente que le tuviésemos siempre á la vista para copiarle. No hay que buscar la verdad fuera de la religion cristiana: hablando con propiedad, solamente se halla dentro de ella; fuera de su gremio todo es error, todo ilusion. *Quæcumque sunt vera, quæcumque pudica, quæcumque justa, quæcumque sancta... hæc cogitate*. La pureza de costumbres, la santidad, la justicia son el carácter de la religion verdadera: donde no hay ésta, todo es simulacion, todo disolucion disfrazada, todo mala fe, todo hipocresia. Podráse representar con habilidad el papel de cristiano; será una comedia estudiada para divertir al público; pero si el corazón lo desmiente, solo durará esa falsa devocion mientras dure la comedia. No hay cosa mas despreciable, ni cosa mas impia, que la ficcion, y el remedo en punto de religion.

El Evangelio es del cap. 5 de S. Juan.

En tiempo que Jesucristo juzga, sino que dió todo el poder de juzgar al Hijo, á fin de que todos le honren, como honran al Padre: el que no da honor al Hijo, no le da al Padre que le envió (al mundo.)

MEDITACION.

De lo que sentirán los justos y los pecadores en el dia del juicio.

PUNTO PRIMERO. — Considera cual será la diferencia de afectos entre los justos y los pecadores en el dia terrible del juicio final: qué ideas, qué pasiones, qué pensamientos tan distintos.

Quando resuene la espantosa voz de la trompeta, que convocará á los muertos para que comparezcan ante el tribunal de Dios, unos se darán prisa á levantarse de los sepulcros para salir al encuentro á su libertador; otros gritarán á los montes, que desgajados los sepulsen para librarlos de la terrible vista de su juez. ¡Buen Dios! ¡qué dulces movimientos de amor, de gozo, y de consuelo en los primeros! ¡Qué confusion, qué odio, qué desesperacion en los segundos! ¿Cuál de estas dos clases me tocará á mí en aquel terrible dia?

¡Qué honra, qué alegría la de los buenos al verse separados de la muchedumbre, y colocados á la diestra de su amante Redentor! ¡Qué complacencia tendrán entonces de haberle amado, de haberle servido, de haber obedecido sus preceptos, y seguido sus consejos! ¡Pero qué vergüenza, qué rabia, qué furor será el de los que se hallen entre el monton de los réprobos á la mano siniestra del juez! ¡Qué dolor; qué arrepentimiento de haberle menospreciado, de haberle maltratado tanto en vida! ¡Qué íntimo, qué profundo sentimiento de haberle tan gravemente ofendido!

¿En qué paraje, en qué lugar de aquel congreso universal de los ángeles y de los hombres se dejarán ver los grandes del mundo que fueron poco cristianos; aquellos disolutos que hacian chacota de las verdades mas terribles de la religion; aquellas mujeres mundanas criadas en la delicadeza y en el regalo; aquellos falsos dichosos del mundo, que se verán confundidos con las heces de todo el género humano, destinados con el resto de los facinerosos á arder en las eternas llamas? ¿Qué pensarán entonces? ¿Y qué pensaré yo mismo? ¿Estarán á la diestra de Jesucristo todos los que hubieren hecho esta meditacion? ¿Se podrán gloriarse de haber abrazado con tiempo el buen partido, de haber sido tan cuerdos, tan prudentes, que no cayeron en el lazo? ¿Cuántos habrá quizá, que desesperados rabiaron por no haber sacado fruto de estas reflexiones, y no haberse aprovechado de la gracia? ¿Y no seré yo acaso de este número?

¡Qué, dulcísimo Jesus mio, nunca os he de ver yo sino para temeros y para aborreceros! ¡Nunca os he de ver glorioso sino para sentir y llorar la infelicidad de mi eterna suerte! ¡O única esperanza mia! en el dia de la tribulacion no os mire jamás como á objeto de terror.

PUNTO SEGUNDO. — Considera el efecto que producirá en el corazón de los justos y de los réprobos la sentencia definitiva de su eterna suerte.